

Luca, Wesley y la historia de la humanidad

(1 de 5)



CIEMAL
Costa Rica
2013

Lucas, Wesley, y la historia de la humanidad (1 de 5)

Posiblemente no haya entre los escritores del Nuevo Testamento otro tan desestimado como Lucas. Si se le preguntara a la mayoría de los cristianos quiénes son los dos principales autores del Nuevo Testamento, probablemente responderían que son Pablo y Juan. Pero, aun en la simple medida de la extensión de sus escritos, esto no es cierto. La Biblia que tengo ahora a la mano les dedica 62 páginas a las epístolas de Pablo—en cuya cuenta incluyo también las que muchos eruditos consideran deuteropaulinas. Esa Biblia les dedica 45 páginas a los escritos juaninos—y en todo caso lo más probable es que no todos esos escritos sean obra del mismo autor. Pero esa misma Biblia les dedica 66 páginas a los escritos de Lucas—el Evangelio y Hechos.

Si Lucas es importante por su mera extensión, también lo es por el contenido de sus escritos. El libro de Hechos no tiene paralelo en el Nuevo Testamento. Hechos es único, pues casi todo lo que nos dice no se encuentra en otro lugar del Nuevo Testamento. Y, aunque ciertamente es paralelo a Mateo y Marcos, el Evangelio de Lucas también tiene mucho contenido único. Sus narraciones de la infancia y juventud de Jesús no aparecen en Mateo ni en Marcos. En el Evangelio de Lucas se encuentran varios episodios que o no aparecen o se resumen muchísimo en los otros Evangelios—entre otros, la historia de Marta y María, la de los diez leprosos, la de Zaqueo, la de la predicción de la destrucción de Jerusalén, la del juicio ante Herodes, la del camino a Emaús, la de la aparición en Jerusalén y la de la ascensión. De igual modo, varias de

las más famosas parábolas de Jesús las conocemos solamente gracias al testimonio de Lucas—entre otras, la del buen samaritano, la del amigo que llega a medianoche pidiendo pan para un visitante inesperado, la del rico necio, la del hijo pródigo, la del mayordomo infiel, la del rico y Lázaro, y la del juez injusto.

La gran importancia que el material lucano tenía para Wesley se ve abundantemente en todos sus escritos. Sus *Notas sobre el Nuevo Testamento* le dedican más espacio al libro de Hechos que a ninguno de los Evangelios por separado. Y a esto hay que sumarle el espacio que le dedica al Evangelio de Lucas.

Dada la importancia de la obra lucana, y su relación con Wesley, lo que me propongo en estos días es considerar algunos de los énfasis e intereses de este Lucas, compararlos con algunos elementos en el pensamiento de Wesley e invitamos a considerar lo que todo esto podría implicar para el metodismo latinoamericano.

En tales consideraciones, no tengo interés alguno en sistematizar todo el pensamiento de Lucas. De hecho, estoy convencido de que tales sistematizaciones tienen a simplificar y hasta tergiversar lo que Lucas mismo dice. Lucas no escribe ni pretende escribir una teología sistemática, ni siquiera un libro de doctrina, sino una narración acerca de la vida de Jesús y de la vida de la iglesia. Y en esto también Lucas me recuerda a Juan Wesley, quien, a pesar de tener una amplia capacidad para sistematizar y ordenar sus ideas, jamás pretendió escribir una

teología sistemática. Al tratar de sistematizar una narración, lo que se hace es excluir los elementos narrativos y quedarse con lo abstracto. Y en sí mismo eso es una tergiversación de lo que el texto dice.

Lo que sí podemos es seguir la narración de Lucas e ir viendo algunos de los puntos que subraya, algunas frases que son indicio del modo en que Lucas escribe historia. Ese es el método que seguiremos aquí. En lugar de plantear preguntas abstractas, enfocaremos nuestra atención sobre la narración misma de Lucas y sobre cómo el modo en que Lucas cuenta su historia ilumina su entendimiento del evangelio.

En esa narración, hay toda una serie de temas o énfasis que, aunque rara vez lo notamos, son característicos de Lucas. En estas cuatro ocasiones, me propongo discutir cuatro de esos temas: Lucas como historiador, el tema del "gran vuelco" en Lucas, el género en Lucas, y la adoración en Lucas. Pero si tuviéramos tiempo hay otros que bien podríamos discutir, y me permito mencionar, aunque sea solamente de pasada, tres de ellos. El primero es el de la salvación. Aunque nos parezca sorprendente, excepto una ocasión en Juan 4, en ninguno de los Evangelios se habla de Jesús como "Salvador", ni de su obra como "salvación". El segundo es el de Lucas y el Espíritu Santo. Lucas no solo subraya el tema del Espíritu Santo, sino que una vez más nos sorprende el hecho de que Lucas es el único autor en todo el Nuevo Testamento que habla de ser "lleno del Espíritu Santo". Y, por último, habría que decir al menos una palabra acerca de

Lucas y la comida, pues en su Evangelio Jesús se la pasa comiendo, y buena parte de sus enseñanzas tienen lugar a la mesa.

Primero, para nuestra consideración de hoy, Lucas como historiador. Puesto que yo mismo soy historiador, me interesa ante todo esa dimensión de la obra lucana. Pero no se trata únicamente de un interés personal mío, sino también de un interés que comparto con Juan Wesley. Un aspecto frecuentemente olvidado de Wesley es su interés y conocimiento de la historia. De hecho, uno de los elementos que le dieron a su teología su carácter particular fue su amplia lectura y conocimiento profundo de los llamados "Padres Griegos", a quienes la mayoría de sus contemporáneos desconocía. Y cuando por fin se decidió a dar el paso decisivo de atreverse a ordenar ministros para América, lo hizo sobre la base de sus conocimientos de la historia de la iglesia y de sus órdenes.

Tristemente, tal no es el caso de muchos cristianos hoy—y de muchos cristianos metodistas. Nos imaginamos que la Biblia nos llegó como caída del cielo. Olvidamos los siglos que tomó escribirla.

Olvidamos los millares de creyentes que cuidadosamente la copiaron una y otra vez. Olvidamos los traductores que nos la han hecho llegar en nuestra lengua. En fin, olvidamos la gran multitud, que nadie podrá contar, de creyentes que nos conectan con Isaías, con Pablo, con Lucas y con Jesús. Cuando tal hacemos, perdemos mucha de la riqueza de esa Biblia que

leemos. Y perdemos también buena parte del testimonio de quienes nos la transmitieron e hicieron llegar—entre ellos, el propio Juan Wesley.

Es esa necesidad de conexión con el pasado lo que le preocupa a Lucas. Según él mismo le dice a Teófilo, su propósito al escribir es "para que conozcas la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido". Esto da a entender que Teófilo era ya creyente. No necesitaba que le convencieran de la verdad del evangelio. Pero con todo y so, Lucas cree que la lectura de su historia le dará una comprensión más profunda de lo que ya cree. Lucas está conectando a Teófilo con su pasado—con un pasado del que posiblemente desconoce mucho, pero que sin embargo constituye la base misma de su fe. Así, bien podemos imaginar que el Evangelio de Lucas y el libro de Hechos son como una cadena de oro, una serie de eslabones que conectan a Teófilo con Jesús. Y construir tales cadenas es tarea típica de quien cuenta una historia. (Y aquí también hay cierto paralelismo con los escritos de Wesley acerca de los orígenes y organización progresiva del metodismo, muchos de los cuales llevan el propósito de hacer ver la conexión entre esos acontecimientos pasados y el metodismo que ha resultado de ellos.)

Como buen historiador, Lucas está interesado en el orden de su narración. Significativamente, se refiere a otros evangelistas como quienes "han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas". Aunque podamos pensar que Lucas pretende que su narración sera mejor que las de esos otros evangelistas, lo cierto es que Lucas no dice tal cosa, sino que dice que "me ha parecido *también* a mí . . . escribírtelas por orden". Ese

"también" es importante. Lucas reconoce el valor de los otros evangelistas. No está escribiendo para corregirlos, o porque lo que dicen sea falso o inexacto, sino que está escribiendo una historia nueva porque tiene un propósito específico: darle a conocer estas cosas a Teófilo—y podemos inferir que a toda la generación de Teófilo. La nueva historia no se fundamenta en un pasado diferente, sino en un presente específico. La nueva historia se hace necesaria porque los mismos acontecimientos se van leyendo desde nuevas perspectivas. Y esto es algo que todo historiador conoce.

Pero no es solamente en ese sentido que Lucas es historiador. De entre todos los evangelistas, sólo Lucas se interesa en ponerles fecha a los acontecimientos que narra. Tras su prólogo o dedicatoria a Teófilo, Lucas empieza su narración diciendo que "hubo en los días del rey Herodes". Este era el modo en que se le ponía fecha a algún acontecimiento. Así, por ejemplo, el profeta Isaías le pone fecha a su visión diciendo que tuvo lugar en "el año en que murió el rey Uzías", y más adelante, en el próximo capítulo, el mismo profeta le pone fecha a lo que va a contar diciendo que "aconteció en los días de Acáz, hijo de Josías, rey de Judá". En el Credo, decimos que Jesús "sufrió bajo Poncio Pilatos", no para echarle la culpa a Pilatos, sino para ponerle fecha a la pasión de Jesús. De igual manera, la referencia a Herodes al principio del Evangelio de Lucas sirve para ponerle fecha a lo que nos va a contar. Mateo también dice que el nacimiento de Jesús tuvo lugar "en días del rey Herodes" (Mt 2.1). Pero Marcos no nos da fecha. Y Juan, todavía en medio de su prólogo, empieza la narración diciendo sencillamente que "hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan" (Jn 1.6). Lucas, en contraste con Marcos y

Juan, y mucho más consistentemente que Mateo, se ocupa de ponerles fecha a los acontecimientos que narra. De entre muchos ejemplos que podrían darse, baste con uno: compárese Lucas 3.1 con el pasaje paralelo en Mateo 3.1. En ambos el evangelista está introduciendo a Juan el Bautista y su labor. Mateo dice sencillamente: "En aquellos días se presentó Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea". Pero Lucas no se contenta con ese "aquellos días" indeterminados, sino que se esfuerza por ponerles fecha: "En el año decimoquinto del Imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilatos gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisania tetrarca de Abilinia, y siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra de Dios a Juan hijo de Zacarías en el desierto." Luego, mientras a Mateo lo que le interesa es el acontecimiento mismo, a Lucas le interesa colocarlo en su fecha, de modo que el lector pueda relacionarlo con otros acontecimientos que estaban teniendo lugar por la misma fecha.

Pero hay más. Lucas también está interesado en colocar lo que nos cuenta dentro de su contexto social, político y religioso. Varios de los nombres que aparecen en esta lista serán personajes importantes en el resto de la narración—Poncio Pilatos, Herodes, Anás, Caifás. No son entonces personajes abstractos, con el solo propósito de ponerle fecha a lo que se cuenta, sino que son también señal del entre juego entre el ministerio de Jesús y el entorno político, religioso y social. El Jesús de Lucas no es un personaje religioso abstracto, que anda por el mundo predicando y haciendo milagros, sino que es un hombre de carne y hueso que, como todos los humanos, vive en medio de ambientes políticos, religiosos y sociales que hacen

impacto sobre su vida, y sobre los cuales él también deja su huella. Esto es particularmente importante porque, como veremos mañana, Lucas está interesado en cuestiones de poder—quién lo tiene y quién no—y en el modo en que el evangelio se relaciona con ellas.

Por razones semejantes, Lucas es cuidadoso, no solamente en cuanto a las fechas de lo que nos cuenta, sino también en cuanto a su contexto geográfico y político. Tanto en su Evangelio como en Hechos abundan las referencias exactas a lugares y cargos políticos. En cuanto a los lugares, mientras los otros evangelistas dicen que Jesús regresó a "su tierra", Lucas dice que regresó "a Nazaret". De igual modo, en Hechos se mencionan lugares específicos que no serían del conocimiento del público en general, pero que Lucas se ocupa de señalar. Así, por ejemplo, camino a Roma la embarcación de Pablo y sus compañeros se refugia en la isla de Creta, en la bahía de "Buenos Puertas". El nombre griego que Lucas le da es *kalous liménais*, y hoy los geógrafos nos dicen que hay una pequeña bahía al sur de Creta que se llama Kalolimnias y que, como dice Lucas, su posición y forma son tales que los barcos refugiados en ella están expuestos a los vientos de invierno. (Cosa que también nos recuerda a Wesley, cuyos diarios es imposible seguir sin un buen mapa de Inglaterra, y cuyas actividades son difíciles de entender aparte de las circunstancias sociales y económicas en que se movía.)

En cuanto a lo político, Lucas parece haber sido harto cuidadoso en darle a cada cual su debido título. Así, por ejemplo, quienes gobernaban en las provincias senatoriales recibían el título de "procónsul", y ese es el título que Lucas les da, primero, a Sergio Paulo, procónsul de Chipre

(Hch 13.7) y bastante después a Galdón, procónsul de Acaya. Del primero de estos no sabemos más. Pero de Galdón sí sabemos, entre otras cosas, que era hermano del filósofo Séneca y amigo de Nerón, y que gobernó en Acaya desde julio del año 51 hasta julio del año siguiente, pues el puesto de procónsul normalmente se tenía por un solo año. Luego, el cuidado por parte de Lucas de darnos los nombres de los personajes políticos nos permite determinar que lo que nos cuenta en Hechos 18.1-17 sobre las actividades de Pablo en Corinto debe haber tenido lugar hacia fines del año 51 o principios del 52.

Por otra parte, Lucas no tiene miedo de pintar a los líderes políticos con todos sus defectos. El tribuno romano Claudio Lisias, que acude al Templo para arrestar a Pablo en medio de un motín (Hch 21.26-36), y luego se entera de que Pablo es ciudadano romano, cuando llega la hora de informarles a sus superiores del asunto invierte el orden de los acontecimientos, y dice que acudió al Templo para salvar a Pablo, pues sabía que era ciudadano romano (Hch 23.27). Entonces el gobernador Félix, a quien Pablo fue enviado por Lisias, le da largas al asunto, y Lucas no teme declarar que "esperaba también con esto que Pablo le diera dinero para que lo soltara" (Hch 24.26). Y a esto le añade Lucas que, cuando Pablo llevaba dos años preso, Félix partió de la provincia, pero dejó preso a Pablo para que su sucesor, Porcio Festo, se ocupara de él (Hch 24.27). Esto era a todas luces ilegal, pues dos años era el tiempo máximo que se permitía retener a un acusado sin llevarle a juicio. Por otra parte, y en contraste con lo que dice de Félix, Lucas pinta al nuevo gobernador, Porcio Festo, como un personaje enérgico y decidido, quien

rápidamente toma cartas en el caso de Pablo. Esto también concuerda con lo que sabemos de Porcio Festo por otras fuentes.

En cuanto a las dimensiones sociales de lo que se narra, también Lucas se muestra dispuesto a incluirlas en su narración. Repetidamente vemos en su Evangelio indicios de que los Galileos eran mal vistos por los de Judea. De igual modo, vemos frecuentes referencias a los pobres y al contraste entre ellos y los ricos—por ejemplo, en la parábola del rico y Lázaro, que no se encuentra en ninguno de los otros Evangelios. En Hechos, cuando Lisias prende a Pablo, le trata ásperamente hasta que Pablo le habla en un griego refinado, lo cual le hace entender que Pablo no era lo que él pensaba, pues le dice, "¿Sabes griego? ¿No eres tú aquel egipcio que levantó una sedición antes de estos días, y sacó al desierto los cuatro mil sicarios"? (Hch 21.37-38).

El mismo cuidado tiene Lucas al referirse a las diversas posturas religiosas de los líderes judíos. Aunque en ocasión Jesús ataque a los fariseos, Lucas se refiere en varios casos a fariseos dignos, algunos de los cuales se interesan en las enseñanzas de Jesús. Y, cuando Pablo se encuentra ante el Concilio de los judíos, Lucas nos dice que las tensiones entre fariseos y saduceos resultaron en un alboroto tal que las autoridades tuvieron que intervenir. Pablo declara ante el Concilio: "Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo; acerca de la esperanza y de la resurrección de los muertos se me juzga." Y Lucas cuenta entonces que "Cuando Pablo dijo esto, se produjo discusión entre los fariseos y los saduceos, y la asamblea se dividió, porque los saduceos dicen que no hay resurrección". El resultado fue que los fariseos querían absolver a Pablo, y los

saduceos se oponían, y al cabo, continúa Lucas, "Como la discusión era cada vez más fuerte, el comandante, temiendo que Pablo fuera despedazado por ellos, mandó que bajaran soldados, lo arrebataran de en medio de ellos y lo llevaran a la fortaleza" (Hch 23.6-10). Nótese además que en este caso, además de tomar en cuenta y explicar las diferencias entre fariseos y saduceos, Lucas pinta el cuadro político de Palestina tal cual era, pues a la postre son las autoridades romanas las que mandan, y las que intervienen para calmar el alboroto que ha surgido dentro del Concilio de los judíos.

En resumen, como historiador Lucas se ocupa de presentar su narración en orden y de puntualizar y exponer el contexto político, social y religioso en el que su narración tiene lugar. (Y de esto también, como veremos más adelante, hay ecos en la persona de Juan Wesley, interesado como estaba en la revolución norteamericana, en la trata de esclavos, en el colonialismo británico en la India, y en las desigualdades económicas en Inglaterra.)

Pero hay otras dimensiones interesantes de la visión de Lucas como historiador. Una de ellas es la amplitud de su historia. Esto resulta claro al comparar a Lucas con los otros Evangelios sinópticos, Mateo y Marcos. Marcos no hace el menor esfuerzo por colocar su narración dentro del contexto histórico general, sino que sencillamente se zambulle de inmediato en la historia de Jesús. Sin preámbulo alguno, su Evangelio abre con las palabras, "Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios". Poco después, Mateo escribe su Evangelio, ciertamente teniendo a la mano a Marcos y siguiendo sus lineamientos generales. Pero su libro empieza de manera muy

diferente del de Marcos: "Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham".

Esa genealogía comienza por Abraham y lleva por fin a Jesús. De este modo, Mateo está colocando la historia de Jesús dentro de la historia toda de Israel. Cuando por fin, pocos años más tarde, Lucas escribe su Evangelio, ciertamente tiene a la mano el de Marcos y, si no el de Mateo, al menos algunas fuentes comunes que tanto él como Mateo utilizan. Lucas, al igual que Mateo, presenta la genealogía de Jesús, aunque no al inicio mismo de su obra, sino en el capítulo 3. A diferencia de la de Mateo, esa genealogía no va de padre a hijo, sino de hijo a padre. Pero la diferencia más importante es que la genealogía de Lucas no se queda en Abraham, sino que se remonta hasta Adán. Esto le permite hacer dos cosas. La primera de ellas es terminar su genealogía con "Adán, hijo de Dios". Puesto que en los capítulos anteriores Lucas ha dejado bien sentado que Jesús es hijo de Dios, el darle a Adán el título de "hijo de Dios" da a entender que en Jesús comienza una nueva creación. Ese tema de Jesús como el nuevo Adán, como el principio de una nueva creación, es típico de la teología que se iba formando en torno a Antioquía y Asia Menor, particularmente en los escritos tanto de Lucas como de Pablo.

Pero el llevar la genealogía de Jesús hasta Adán, en contraste con la de Mateo, que llega solo hasta Abraham, le da a la historia que Lucas cuenta un contexto más universal. Cuando Mateo presenta su genealogía, esta implica que Jesús es la culminación de toda la historia de Israel, y el cumplimiento de las promesas hechas a Abraham. Pero ahora Lucas, al presentar una genealogía que se remonta hasta Adán, implica que la historia de Jesús es parte y culminación, no sólo de la historia de Israel, sino también de la historia toda de la humanidad.

En resumen, Lucas como historiador nos presenta una narración que se engarza en toda la historia de la humanidad, que es continuación y culminación de esa historia universal, pero que al mismo tiempo es un nuevo comienzo de la historia humana.

Pero hay otra dimensión de la obra de Lucas como historiador que debemos subrayar: Lucas nos cuenta una historia inconclusa. Inconclusa tanto en su cronología como en su geografía.

Me explico. Lucas le dirige sus dos libros a Teófilo, creyente en Jesucristo, y parte de su propósito es conectar a Teófilo con la vida y enseñanzas de Jesús, contando primero esas vida y enseñanzas, y luego cómo estas se fueron difundiendo por toda la tierra hasta llegar a Teófilo y sus contemporáneos. En la segunda parte de esa historia, Pablo viene a ser el personaje principal, a quien Lucas dedica la mayor parte de la segunda mitad de Hechos, narrando sus viajes, su labor evangelizadora y por fin su prisión y viaje hasta Roma. Pero entonces nos deja, por así decir, "en el aire". Al terminar de leer el libro de Hechos, resulta natural preguntarnos, ¿qué fue de Pablo? Pero sobre eso Lucas guarda silencio absoluto. Tras darnos toda clase de detalles acerca de su último viaje hacia Roma, de las vicisitudes de la navegación y del naufragio, Lucas sencillamente nos deja guindando, con Pablo en Roma predicando y esperando su juicio ante el César.

Como lector, ese fin que no era fin dejaba en mí una de curiosidad irremediable. Era como

aquellas aventuras de Tarzan que cuando yo era niño escuchábamos por la radio todos los días, y que siempre terminaban con palabras tales como "¿podrá Tarzan rescatar a Juana de las garras de sus enemigos? Sintonice mañana esta misma estación a la misma hora."

Algo así sucede con el libro de Hechos. No termina, sino que sencillamente se acaba. Nos deja esperando a ver qué sucederá después, qué será de Pablo. En otras palabras, es una historia inconclusa.

Pero ese carácter inconcluso de la historia no se limita a lo cronológico, sino que se extiende también a lo geográfico. La historia en dos tomos de Lucas empieza en Galilea, y a través de todo el Evangelio se mueve entre Galilea y Judea, entre Nazaret y Jerusalén. De Nazaret, María y José van a Belén, en Judea, donde Jesús nace. Después de una visita al Templo de Jerusalén para presentar al niño, regresan a Galilea. Pero todos los años van a Jerusalén para celebrar la Pascua. Lucas es el único que nos cuenta una de esas visitas cuando Jesús tenía doce años de edad. Pero el grueso de la historia se mueve desde Galilea hacia Jerusalén. Desde el capítulo 4 hasta fines del 9, Lucas nos narra el ministerio de Jesús en Galilea. Entonces, en 9.51, nos dice que Jesús "afirmó su rostro para ir a Jerusalén". A partir de ese momento, empieza una larga sección de esta Evangelia que tiene pocos paralelos en los demás, y que se presenta en el contexto de un prolongado viaje desde Galilea hasta Jerusalén. El resto de la acción en el Evangelio ocurre en Jerusalén—con unos breves paréntesis en Emaús y en Betania, ambas en las cercanías de Jerusalén.

Pero entonces, al principio de su segundo libro, Lucas nos ofrece un bosquejo geográfico del resto de su historia: "me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hch 1.8). Quien lee el resto de Hechos se percató de que esas palabras son en cierto sentido un bosquejo de lo que ha de seguir. La narración comienza en Jerusalén, donde como resultado del derramamiento del Espíritu en Pentecostés los discípulos son testigos del Señor. En el capítulo 8 se nos cuenta del ministerio de Felipe en Samaria; y en el próximo capítulo, del testimonio de Pedro en algunas de las regiones del interior de Judea. En el 10, Pedro va a la costa de Judea, donde tiene lugar la conversión de Cornelio. Pero de allí la historia pasa a Antioquía, y luego, a partir de Antioquía, a Chipre, Asia Menor, Macedonia y por fin a Roma. En todo esto, parece que se va cumpliendo la promesa de Hechos 1.8, pues los discípulos van siendo testigos en Jerusalén, en Judea y en Samaria.

Pero la promesa de Hechos 1.8 no se cumple. Hechos termina cuando Pablo está en Roma. Y Roma dista mucho de ser "lo último de la tierra"—lo que es más, para muchos Roma era el centro de la tierra. Por eso digo que la historia de Lucas resulta inconclusa, no sólo en términos de cronología, sino también de geografía.

Resulta interesante notar que, precisamente porque la promesa de 1.8 no se cumple en Hechos, pronto los cristianos empezaron a hacer suposiciones acerca de cómo fue que los discípulos cumplieron eso de ser testigos hasta lo último de la tierra. Así, se dijo que Tomás había ido a la India, Felipe a Bizancio, Marcos a Egipto y Santiago a España. Respecto a esto último, la leyenda

de Santiago se nutrió de la posición de la Península Ibérica, aparentemente el fin del mundo. Se pensaba que, sin lugar a dudas, los apóstoles habían predicado por toda la tierra, y por ello surgió la leyenda acerca de Santiago de quien se decía que había llegado hasta España, al Cabo de Finisterre—es decir, el "Cabo del Fin de la Tierra".

Pero todas esas leyendas parecen subvertir el propósito de Lucas, de dejar su historia inconclusa. La promesa era que los discípulos del Señor le serían testigos "hasta el fin de la tierra". Pero Lucas termina su narración dejando a Pablo prisionero en Roma, y no nos dice ni qué fue de Pablo ni cómo fue que se cumplió la promesa de Hechos 1.8. Es por eso que digo que la historia de Lucas, incompleta en el orden del tiempo, en lo cronológico, también lo es en el orden del espacio, en lo geográfico.

Pero esto no es un defecto, sino que se acopla al propósito fundamental de la obra lucana. Una historia que termina nos interesa por motivos de curiosidad. Así, por ejemplo, nos interesa saber de la vida de Augusto César o de Napoleón sencillamente porque son personajes importantes, porque nos ayudan a entender el pasado. Pero el que Napoleón haya vencido o no en la batalla de Austerlitz no nos toca personalmente, ni requiere acción alguna de nuestra parte. Pero una historia inconclusa no es así. Una historia que continúa todavía, además de proveer información, constituye una invitación—una invitación a unirnos a ella, a continuarla.

En cierto modo, al leer las obras de Wesley me parece que me topo con el mismo espíritu. Cuando Wesley cuenta una historia, no da la impresión de estarse refiriendo meramente al pasado como cuestión de información o de autojustificación, sino que lo hace más bien a manera de invitación. Ni Lucas ni Wesley ven la historia como la mera repetición o repaso de cosas pasadas, sino que la ven también como llamado e invitación a cosas futuras. La historia que está en las manos de Dios no es solo el pasado desde el cual Dios nos envía, sino también el futuro desde el que Dios nos llama.

Y es así que Lucas y Wesley escriben su historia: no meramente para informarnos o para informar a Teófilo, sino para invitarnos, tanto a Teófilo como a los metodistas de hoy, a continuar la historia que todavía está en camino—en cierto modo, a vivir en el capítulo 29 de Hechos, o a contribuir al cumplimiento de la promesa de que los discípulos del Señor le seremos testigos "en Jerusalén, en toda Judea, y en Samaria, y hasta lo último de la tierra". O, como metodistas, a recordar que la experiencia de Aldersgate, con todo y ser gloriosa, no es sino un atisbo de las experiencias por venir.

Leamos entonces a Lucas y a Wesley como una invitación, y veamos en su historia pauta y llamado para la nuestra.

Luego, la pregunta sobre la que me atrevo a invitarles a reflexionar es, ¿cuál sería entonces una visión wesleyana de esta historia latinoamericana en que estamos viviendo?